

Rincón del libro

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

García Márquez, Gabriel: *Vivir para contarla*. Bogotá, Norma, 2002, 579 pp.



Gabriel García Márquez acaba de lanzar su último libro y el público lo ha acogido, como otras obras suyas, con especial interés. Del autor colombiano siempre cabe esperar creaciones de calidad, y *Vivir para contarla* no carece en absoluto de ella. Es una autobiografía novelada que cubre una parte de la vida del autor —desde su nacimiento hasta la primera mitad de

la década de los años cincuenta—, que bien puede calificarse de fundamental. En efecto, así lo es; porque es en esa etapa de su vida que el autor de *Cien años de soledad*, *El otoño del patriarca* y *El general en su laberinto*, entre otros títulos, aprende —en medio de adversidades de todo tipo— los gajes del oficio de escritor. De ello, el libro *Vivir para contarla* ofrece un testimonio inapelable; pero no sólo eso: la narración tiene la marca distintiva de García Márquez.

Formalmente, el juego de los tiempos es un modelo de escritura. Expresivamente, la riqueza verbal de *Vivir para contarla* lleva el sello de su autor: la vivencia de lo concreto, la sensualidad en el decir y las frases contundentes dichas por sus personajes, a la manera de otras obras fundamentales suyas. No es descabellado decir que el Aureliano Buendía o el Simón Bolívar del libro que comentamos es el propio García Márquez, quien se sirvió de los mismos recursos literarios, usados para hablar de la vitalidad de aquellos personajes, para hacer de sí mismo un personaje de ficción. *Vivir para contarla*, además de una autobiografía, es una narración novelada de la vida de García Márquez contada por él mismo. Una

novela que, hay que señalarlo, ha quedado incompleta: después de la década de los años cincuenta suceden cosas importantes en la vida del autor —por ejemplo, su amistad con Fidel Castro, su amistad y ruptura con Mario Vargas Llosa—, de lo cual no se dice nada, pues la trayectoria biográfica de García Márquez se interrumpe cuando hace su primer viaje a Europa e inicia, a través de una carta, su relación de toda la vida con Mercedes Barcha.

Muchos celebraron la publicación de *Vivir para contarla* con una emoción desbordante, lo cual no es de extrañar cuando se trata de un nuevo libro de un autor como García Márquez. Esto llevó a los más elocuentes, tras leer *Vivir para contarla*, a decir que García Márquez era el autor más universal de América Latina. Obviamente, esto, si no puede ser llamado un desatino, por lo menos debe ser tomado como algo totalmente discutible.

Nadie puede negar que García Márquez es uno de los grandes escritores de América Latina y en lengua española. Tal afirmación, en lo más mínimo le resta méritos al colombiano, sino todo lo contrario: los grandes de la literatura latinoamericana son pocos y, entre esos pocos, ocupa un lugar de primera importancia García Márquez.

Pero entre esos grandes hay otros quizás más universales que él: Alejo Carpentier, José Donoso, José Lezama Lima y Jorge Luis Borges,

sólo para mencionar a cuatro de los grandes maestros de la literatura hispanoamericana. Hacer un juicio acerca de la universalidad literaria de García Márquez, sin aludir a estos cuatro grandes es un error descomunal, que sólo puede ser explicable por el desconocimiento, por las prisas de decir algo que llame la atención, aunque sea infundado, o por el endiosamiento de un escritor al cual, de antemano y quizás por razones ideológicas o publicitarias, se considera el mejor de todos los tiempos.

Sin embargo, es preciso que el buen juicio imponga sus fueros. García Márquez es una gran figura de la literatura hispanoamericana; *Vivir para contarla* confirma, por enésima vez, esta verdad inobjetable. No es un libro que enseñe, en el plano literario, a un García Márquez no conocido y reconocido. Es un libro más del autor de *Crónica de una muerte anunciada*, *La hojarasca* y *Noticia de un secuestro*, con la calidad de esos y otros libros suyos, y con la novedad que revela detalles de su vida personal y familiar —de una etapa de su vida personal y familiar— que muchos de sus admiradores deseábamos conocer: el talante de su abuelo, Nicolás Ricardo Márquez Mejía, la personalidad de su abuela materna, Tranquilina Iguarán, los sueños de su padre, Gabriel Eligio, y la paciencia vital de su madre, Luisa Santiago, cuyas virtudes más notorias eran “el sentido del humor y la salud de hierro que las insidias de la adversidad no lograrían derrotar en su larga vida”.

Ni este último libro, ni el resto de su obra lo hacen el escritor más universal de América Latina. El conocimiento que se puede tener de García Márquez —tras leer *Vivir para contarla*— autoriza a pensar que él mismo no se sentiría cómodo con que lo encumbraran tan alto en el fir-

mamento de la literatura hispanoamericana. Es uno de los grandes, pero hay otros que lo son más, no en cantidad de libros publicados o en éxitos de librería, sino en hondura conceptual y alcance espiritual, vale decir, en densidad verbal y humana.

